

Dos remesas de Artillería llegadas a Burgos desde Flandes en tiempo de Carlos V

Por una Real Cédula fechada en Burgos el 15 de abril de 1508 se ordena reunir todos los mulos y carretas necesarios para trasladar a Medina del Campo la artillería que se encontraba depositada en Burgos.

Conocidos de todos son los episodios de la revuelta de las Comunidades; de entre los primeros chispazos recordaremos el que ocurrió en Segovia al correr la sangre de uno de sus diputados, vendido al oro de los flamencos que rodeaban al monarca. El Cardenal Adriano que gobernaba en nombre del Rey designó al alcalde Ronquillo acompañado de mil lanzas para castigar a Segovia y amedrentar a los revoltosos, dándole la consigna de que si la ciudad no le recibía se procediese contra ella hasta rendirla y allanarla, pero Juan Bravo, capitán de los comuneros después de asegurar la defensa de sus murallas salió a repeler el ataque a campo raso, llevando tres mil quinientos hombres bien armados, de entre los cuales figuraban refuerzos llegados de Toledo y Madrid. Ante la gravedad de la situación el Cardenal nombró al Capitán General D. Antonio de Fonseca para que, reuniendo toda la gente que pudiese se uniese a Ronquillo y tomando la artillería de Medina del Campo, la emplease contra Segovia.

Presentóse Fonseca ante Medina y hechas las intimaciones la ciudad se aprestó al combate colocando la artillería en las bocacalles y reuniéndose en ellas y en la plaza gran cantidad de gente armada. Fonseca mandó entrar peleando, tronó la artillería, hubo desgracias por una y otra parte, pero viendo Fonseca la dificultad de entrar atacando de frente pensó hacerles un engaño y secretamente mandó confeccionar unas alcancías de alquitrán para arrojarlas por la calle de San Francisco, a fin de producir allí un incendio y llamar la atención por aquella parte mientras atacaba por otra, pero el fuego prendió en un convento, en todas las cosas y depósitos de los mercaderes que en ella había, sin que por ello se llegara a dominar la defensa. La gente de Fonseca, entró en las casas a robar, asateando mujeres, clérigos y ancianos y con las casas quemadas, las haciendas robadas, los hijos y

mujeres sin abrigo, Medina del Campo se defendió y Fonscea juntamente con Ronquillo, perseguidos de cerca por los comuneros, tuvieron que huir con su gente a Portugal.

El Condestable de Castilla, que se puso al frente de las tropas del Gobierno, mandó traer toda la artillería que se pudo de Pamplona y de Fuenterrabía, pero el Conde de Salvatierra que se había declarado a favor de la Comunidad, se apoderó de la primera remesa que pasó por Vitoria y enviado el resto por mar a Santander, los comuneros no la dejaron desembarcar y hubo que volverla a Bilbao. Se pidió también a los grandes y señores que enviaran la que tenían para la guarda de sus castillos y el Marqués de Falces entró en Burgos con nueve piezas, el Conde de Haro con trece y el de Salinas con dos.

En todas las cartas que envían a Carlos V, tanto el Condestable como el Cardenal, se insiste en pedirle que al regresar traiga buena artillería, diciendo que de no llegar a tiempo se corre el riesgo de perder a toda Castilla, puesto que con la que los comuneros sacaron de Medina habían abierto brecha en las murallas de Torrelobatón, y el Cardenal refiere que desde Valladolid vió desfilar a menos de media legua un tren de artillería, del que formaban parte seis piezas grandes y cinco pequeñas, con muchos barriles de pólvora. Esta artillería fué recuperada en Villalar, donde no pudo ser utilizada por haber encallado en el barro.

Una consecuencia de haber retirado gran parte de la artillería de Pamplona y Fuenterrabía fué que los franceses, aprovechándose de lo que ocurría en Castilla, iniciaron aquellas guerras entre Francisco I y Carlos V, que debían durar tanto como la vida de ambos monarcas, y se apoderaron de estas dos plazas, entraron en Estella y llegaron a sitiar a Logroño.

Al regresar a España el Emperador, se desembarcaron en Santander el 16 de junio de 1522 setenta y tres piezas de artillería con destino a Burgos, siendo preciso arreglar un camino a través de las montañas para su transporte. Este camino necesitaba reunir condiciones semejantes a las que ahora se exigen para las modernas autopistas: pendientes suaves, piso resistente, anchura proporcionada a la de las cureñas o «carretones», como se decía entonces, y sobre todo curvas de gran radio para que los tiros formados hasta de treinta y seis pares de mulas que se enganchaban en cada una de las piezas gruesas, pudieran aunar los esfuerzos tirando en línea recta.

Para este arreglo del camino iba delante un caballero reconociendo

el terreno, seguido de los azadoneros que trabajaban según sus indicaciones; el primer convoy conducía solamente las piezas y algunos carretones vacíos para sustituir a los que se rompieran y necesitó enganchar dos mil veinticuatro pares de mulas, quedando en el puerto de Santander un millar de carretadas de municiones y efectos.

De entre esas piezas había algunas, recién fabricadas en la fundición de Malinas (Flandes), las cuales ya llevaban el escudo de armas del Emperador, otras eran más antiguas y estaban marcadas con las armas de su padre, pero además figuraban un gran número que tenían su caña sembrada de flores de lis en relieve y estaban marcadas con las armas francesas. Habían sido sacadas de la plaza francesa de Tournay, antigua plaza flamenca que el rey de Francia Luis XI incorporó a sus estados, apoderándose de ella por sorpresa, y en los primeros arreglos, el nuevo Emperador reclamó a cambio de otras poblaciones. El envío de estas piezas a España tenía por objeto que sirvieran de testimonio de su dominio sobre Francisco I, de la misma manera que más adelante, cuanto derrotó a los protestantes alemanes en Mulberg, repartió entre todos sus estados la artillería cogida en el campo, con los mismos fines de propaganda.

En aquellos tiempos, la artillería francesa tenía fama de ser la mejor de Europa, especialmente por su organización, pudiendo citarse la expedición de Carlos VIII a Italia, atravesando los Alpes con una artillería tan poderosa, y sobre todo tan bien encabalgada y arrastrada por caballos que los cronistas italianos de la época, visiblemente impresionados, la describen con evidente exageración. El mismo Francisco I alcanzó la victoria de Marignan contra los suizos, gracias a una gran batería formada por setenta y cuatro piezas.

La victoria de Pavia, en que el Rey de Francia cayó prisionero de los españoles, constituye también una prueba, aunque parezca negativa, de la eficacia y potencia de la artillería francesa compuesta de cincuenta piezas, cuyo fuego, batiendo un paso obligado para los españoles le hacía tan graves daños que estaban ya a punto de retirarse, dando por perdida la batalla. Apreciándolo así Francisco I, quiso alcanzar gloria personal, rematando su victoria con una carga de su caballería y puesto a su frente se atravesó por delante de su artillería, que se vió obligada a suspender el fuego, dando con ello un respiro a los españoles, que el Marqués de Pescara aprovechó para desplegar mil quinientos arcabuceros y con su fuego bien dirigido sobre las masas de caballos los desbarató y el Rey de Francia se encontró entre un montón de cadáveres, siendo capturado.

Sabido es que Carlos V, en su afán de dominar a los franceses para después utilizar sus fuerzas contra los turcos, que eran entonces los más temibles enemigos de la cristiandad, atraía a su servicio a los hombres eminentes de cada especialidad, como lo hizo con el Condestable de Borbón, pariente del Rey de Francia y con el Almirante Doria, quien trajo veinte galeras que hasta entonces habían combatido a favor de Francia. Con el mismo propósito nombró Capitán de su artillería a Frey Gabriel Tadino de Martinengo, famoso ingeniero veneciano que se encontraba en Creta organizando la defensa de esta isla ante el posible ataque de una gran escuadra turca, de cuya existencia se tenía noticia, cuando el Gran Maestre de la Orden de S. Juan se enteró de que el ataque de los turcos iba a ser dirigido contra la isla de Rodas, residencia de los Caballeros Hospitalarios, y ofreció a Martinengo grandes honores y ventajas para que fuese a dirigir la defensa de Rodas. El gobernador veneciano de Creta negó su permiso, pero Martinengo se escapó y fué nombrado Caballero con dignidad de Gran Cruz, sin necesidad de presentar pruebas de nobleza, así como Prior de Barletta y Baylío de San Esteban en la Orden de San Juan, defendió a Rodas, perdiendo un ojo en un combate y al tener que rendirse por falta de municiones, Carlos V se apresuró a nombrarle para el mando de su artillería.

El principal defecto de la artillería en aquellos tiempos radicaba en la gran diversidad de tipos que la formaban, porque los fundidores la construían a su capricho, dando a cada una de sus obras dimensiones y hasta nombres diferentes, creándose entre los que debían manejarla una gran confusión: especialmente los italianos al servicio de España se sentían artistas antes que arilleros y se esmeraban en el decorado exterior de sus obras, aumentando su peso con el de los adornos sin aumentar con ello su eficacia.

Por entonces, también el contador Luis Ortiz escribió el primer tratado español de artillería, cuya fecha se puede deducir por haber encontrado el manuscrito en Simancas, entre papeles del año 1537. Por orden del Emperador se hicieron en la fundición de Málaga experiencias para aligerar las piezas, sin disminuir su potencia, y como resultado de ellas se adoptó en 1540 lo que se llamó el «Sistema del Emperador».

Las bases de este sistema consistían: en adoptar únicamente ocho tamaños de bala o «pelota» esférica de hierro colado, cuyos pesos medidos en libras variaban proporcionalmente, siendo de 36, 24, 12, 6, 3, 2, 1 y $\frac{1}{2}$. Las longitudes, medidas por el número de diámetros

de la pelota que calzaban, se fija para cada uno de los tipos de pieza que se conservan, de entre la balumba de nombres antiguos, en la forma siguiente:

Cañones y medios cañones (tirando pelota de 36 y 24 l.)	18
Culebrinas y medias culebrinas (12 l. y 6 l.)	36
Sacres y medios sacres (6 l. y 3 l.)	24

Falconetes, ribadoquines y esmeriles, o sean piezas pequeñas, no se les fijaba su longitud, sino su peso, que no debía rebasar el de 12, 6, 4 y 2 quintales, según el peso de la pelota que calzaban. Para el trazado exterior se adoptó un tipo uniforme, de gran sencillez y elegancia; así vemos que la segunda remesa que llegó a Burgos procedente de la fundición de Malinas y que se componía de más de cien piezas, todas las cuales se habían fundido con arreglo a los nuevos modelos, tenían la boca orlada de follaje, sobre los muñones llevaban dos asas en forma de delfines, detrás un escudo con las armas del Emperador, el Toisón y las columnas, un letrero que dice: «Carlos V», y en la culata otra asa también en forma de delfin, siendo liso todo lo demás.

Esta segunda remesa fué desembarcada en Laredo el 28 de septiembre de 1556 y tuvieron que vencerse grandes dificultades para reunir los hombres y el ganado preciso para su traslado a Burgos.

MIGUEL RIBAS DE PINA,

CORRESPONDIENTE DE LA R. A. DE LA HISTORIA.